

Boletín Sociocrático

AÑO XIII

16 de Mayo de 1943

N.º 61

La Supresión de las Castas en la Transición Occidental

La evolución histórica del Occidente, iniciada en Atenas y terminada en París, constituye una transición entre la Teocracia Egipcia y la Sociocracia Universal.

En las Teocracias, las actividades sociales se organizaron en el régimen de las Castas, basado en la herencia doméstica de las funciones sociales. El hijo del herrero llegaba a ser herrero, como el hijo del rey llegaba a ser rey.

Así, en el régimen teocrático, la herencia de las funciones sociales dependía del nacimiento. En el régimen socioocrático dependerá del mérito.

El movimiento revolucionario para destruir el régimen de las Castas se inició en Grecia contra las castas sacerdotales.

Esa revolución fué idealizada en Prometeo y permitió que surgiera el mérito en poesía, en filosofía y en ciencia, con los Homeros, los Aristóteles y los Arquímedes de la Antigüedad. La supresión de las castas sacerdotales se consolidó con la institución del celibato eclesiástico en la Edad Media.

Las castas imperiales, fundadas por la actividad militar conquistadora, desaparecieron en el segundo siglo de la era católica, bajo los cuatro sucesores de Nerva, desde Trajano hasta Marco Aurelio, que fueron designados en forma sociocrática.

Las castas reales y nobiliarias, generadas por la actividad militar defensiva de la civilización feudal, están aún en vía de extinguirse.

Han desaparecido ya las castas esclavas de la industria antigua.

Las castas burguesas, generadas por la industria moderna, están también destinadas a desaparecer, a medida que se organice la administración social del Capital y se manifieste el carácter voluntario del Trabajo.

En el futuro y definitivo régimen sociocrático de la Sociedad, sólo existe una clase social, la del Proletariado, la de los obreros que trabajan voluntariamente.

Los hijos de las familias proletarias podrán ser designados patricios, para administrar el Capital y dirigir la cooperación del Trabajo. Podrán también ser designados sacerdotes, para administrar la enseñanza enciclopédica de las Ciencias y dirigir la cooperación religiosa de los pueblos.

Para poner término al sistema de herencia teocrática en el gobierno político, se adoptó la forma republicana de elección, invocando el principio metafísico de la soberanía popular, en reemplazo del principio teológico de la soberanía divina.

Los electores se agruparon entonces en partidos políticos, que subordinaron los gobiernos a sus intereses personales, sin tomar para nada en cuenta las condiciones de mérito.

El mérito comprende no sólo la capacidad para ejercer una función social sino también la vocación para desempeñarla.

La vocación sólo puede apreciarla el propio funcionario, pero la capacidad puede ser juzgada por los demás.

El mejor juez de la capacidad es, sin duda, el que ejerce la función.

Por eso, el régimen sociocrático establece que, en toda organización política, administrativa o industrial, cada jefe

jerárquico, a la edad de cincuenta y seis años, designa a su sucesor.

Siete años después, cuando jubila el funcionario, o antes, si muere, el sucesor asume el cargo, en general a la edad en que se inicia la madurez de la vida.

Para que la sucesión se efectúe debe ser sancionada por la opinión de los jefes inmediatos y de los subordinados directos.

Los funcionarios técnicos se designan por concurso.

Los demás funcionarios inician sus servicios, como aprendices, en su adolescencia, al mismo tiempo que siguen, durante siete años, la enseñanza enciclopédica de las ciencias: Matemática, Astronomía, Física, Química, Biología, Sociología y Moral. Al terminar su educación se incorporan al servicio administrativo o industrial y pueden cambiar de oficios hasta que, antes de su matrimonio, elijan la función que esté más de acuerdo con su vocación y su capacidad.

Esta forma sociocrática de la designación de los funcionarios se complementa eliminando la absurda graduación de los salarios según el escalafón.

Con este sistema ningún funcionario está contento con su situación y aspira a subir de grado aunque no tenga el mérito necesario. Su conducta se justifica, por cuanto es evidente que las necesidades domésticas son independientes de la capacidad, que es la que debe determinar la función.

La regulación de los salarios supone:

1.º que el Proletariado haya establecido el trabajo voluntario; lo que permitirá reducir el personal de los servicios administrativos e industriales.

2.º que el Patriciado multiplique las empresas industriales que produzcan provisiones de sustento y bienestar, de modo que absorban todo el personal cesante y el incremento anual de la población activa.

3.º que se establezca el Banco Internacional para facilitar el cambio comercial entre los pueblos, como los Bancos Nacionales lo favorecen entre las provincias.

La primera condición es esencialmente moral y su cumplimiento requiere la influencia de las Mujeres en las Familias y del Sacerdocio en los Templos. La segunda condición es de carácter intelectual, por referirse al concepto social del Capital y su cumplimiento exige el concurso del Patriciado industrial de las Patrias, aconsejado por las autoridades espirituales de la Humanidad. La tercera condición es simplemente práctica y ella supone la acción internacional del patriciado político de las Patrias, impulsado por la Opinión Pública del Mundo.

Este simple problema del reparto del Salario de sustento y bienestar requiere, en consecuencia, que se adopte la Religión Universal, única que puede inspirar los sentimientos del Trabajo altruista, dirigir la acción social altruista del Sacerdocio, armonizar las autoridades espirituales de la Humanidad y constituir la Opinión Pública del Mundo.

Cuando se califican de utópicos los conceptos derivados de la Ciencia Social, nos asiste y alienta el recuerdo de los progresos realizados ya por la Sociedad. La liberación de los esclavos habría parecido una utopía irrealizable a los filósofos griegos, inclusive al incomparable Aristóteles, que no pudo concebir una sociedad sin esclavos.

Las reformas que anuncia la Religión Universal, con su Régimen Sociocrático, son más sencillas que las realizadas hasta ahora por el Gran Ser: Familia, Patria, Humanidad.

Luis Lagarrigue.

Almirante Barroso, 670.

(Reproducción libre.)

Editado por la Fundación Juan Enrique Lagarrigue.

Santiago de Chile, Calle San Isidro N.º 75.

Prensas de la Editorial Ercilla, S. A. — Santiago de Chile